

AÑOS
31
MYRNA MACK



Fragmentos
DE UNA VIDA

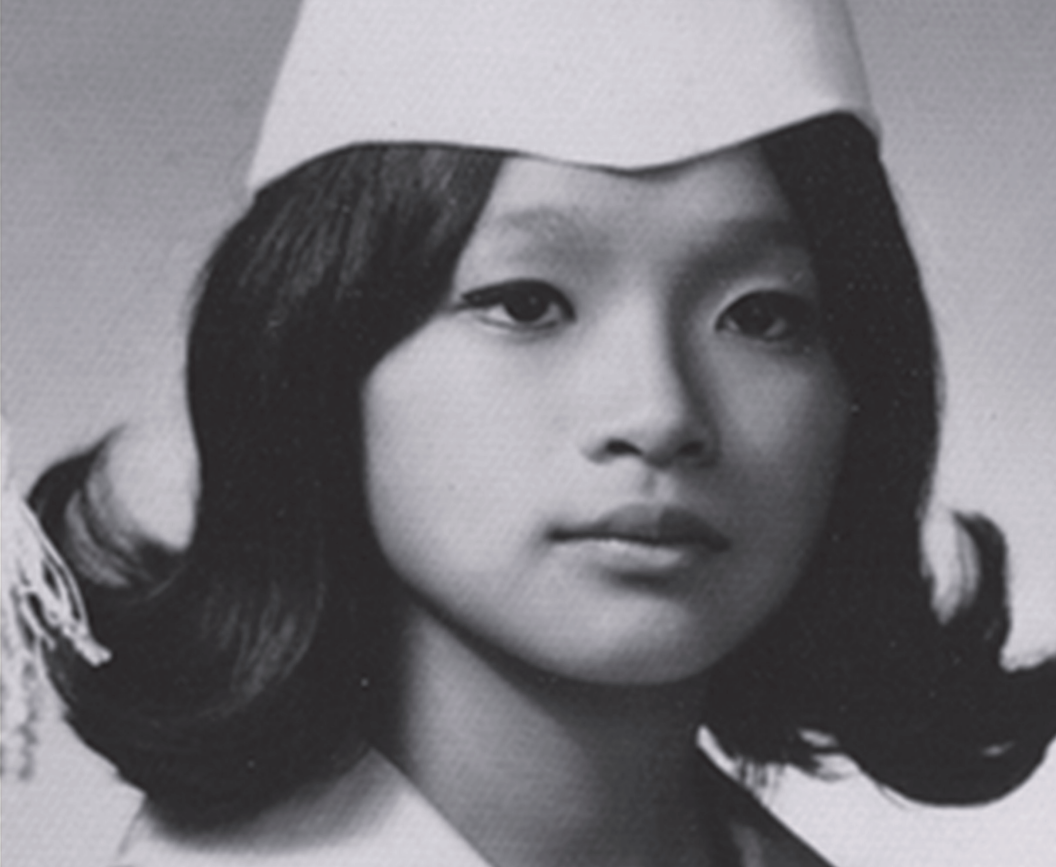
Por: José García Noval



Preámbulo

La experiencia enseña que el tiempo *no siempre* es amigo del olvido, y *no siempre* es una inyección de paz a las emociones que permanecen intactas. Voy a responder a algunas preguntas sobre mi visión de una vida, la de ella. Parte de la respuesta quizás suene a confesión, no exenta de alguna indignación oculta por la obligación de un prolongado esfuerzo de prudencia. Porque ese esfuerzo, de tiempo y de prudencia, ha llevado como terca compañía, décadas de frustración; solamente explicadas y justificadas por una convicción mayor: *la de que hay que darle su lugar a los actos efectivos y audaces que solo una persona, y en sus condiciones, era capaz de realizar en su momento*. Los momentos de insurrección eufórica de la vida habían cambiado radicalmente y, con ella las acciones que tuviesen alguna incidencia histórica.

Hoy no me quitaré de encima la frustración, intentaré oliviar-la trasladándoles algunos recuerdos, plasmados en algunos escritos que, como testamento de imágenes, he guardado sin llave en mi gaveta. Es como **"un trabajo de extracción"** que dejan tinta e imágenes nobles aún ocultas en esa gaveta de recuerdos.



Primera imagen de energía juvenil

¿Quién puede negar, habiendo conocido a Myrna Mack, que desde su primera juventud y, quizás desde su niñez, su conducta anunciaba la conformación de un espíritu de entrega a sus convicciones: disciplinada, rebelde, afectuosa, entusiasta, cuyo epicentro generador de energía era siempre un compromiso inquebrantable de solidaridad? Yo no me puedo engañar a mí mismo cuando pienso que viví tiempos muy potentes de solidaridad, y que me sería imposible dejar de observarla a ella en la primera fila, con una motivación tremenda de amor al prójimo, deseando, además, permanecer oculta al ojo del observador colectivo. Muchas veces, años después, su solidaridad basada en el amor atravesó momentos de escalofrío. Pero no me quiero adelantar.





Empezaré mis recuerdos cuando la conocí, aunque aprendí de su vida previa por sus relatos. Casi siempre la llamé *Chata*, aunque al principio y en determinadas circunstancias la llamaría por su nombre, Myrna. Siempre le dije que su nombre chino era muy bello, y que de repente la empezaría a llamar siempre así: *Sau Ha* (Tierno Amanecer). La primera impresión al conocerla fue la de una joven muy seria, pero luego me pareció que era una forma de autodefensa al enfrentarse a un mundo nuevo, más allá de la tutela de las monjas *Maryknoll*, pues se había graduado recién-

temente de maestra para ingresar a la Universidad de San Carlos de Guatemala. Sin embargo, esa seriedad algo severa, podía desvanecerse rápidamente al abrirse la ventana de confianza con el interlocutor. Eso a mí me sucedió pronto en esa etapa de amistad, y así fue para siempre. Así, la seriedad se convirtió en soltura. La madurez le concedió ese don.

Sus pasos rápidos eran reales en su caminar y simbólicos en su carácter. Su andar por las veredas del compromiso con la gente que sufría el peso atávico de la pobreza empezó ahí, en el colegio de monjas. En la Universidad de San Carlos fue su consolidación, se ampliaron los horizontes, especialmente cuando participa en el movimiento estudiantil, con una presencia que captó el respeto y la simpatía de los compañeros, muchos de ellos notables con gran experiencia en las lides estudiantiles y nacionales a pesar de su juventud. Siendo notables de verdad, algunos fueron víctimas de la represión, y la reivindicación de su talante moral y valor es una deuda que no se si algún día será cumplida.

Esa experiencia, hoy esbozada sin relato, es parte de una historia de vida que merece ser recuperada, para un mejor recuerdo de ella y de compañeros y compañeras de una estatura moral que nunca mermó, y que ella distinguió como entrañables. Lo que si debo reconocer hoy es que ese paso, por esas aulas de la USAC y el conglomerado de la AEU de ese tiempo, influyó en su vida por más de una razón.



Segunda imagen: sus andares en el campo

Relataré, ahora, una etapa de su vida de importancia primordial, porque forjó la experiencia y voluntad para su futuro trabajo en otros ámbitos, principalmente en El Quiché. Fue la que le permitió conocer a un maestro antropólogo, Joaquín Noval, que los campesinos preferían llamar *Nacho*, quien la encaminó en sus exploraciones de campo, habilidad que ella ya traía marcada en su genoma. Él la invitó a explorar *El camino de los hombres mojados*, lo cual le permitió recorrerlo con *Los peregrinos de la ruta de Orión*. Esa fue una experiencia profesional de gran calibre, en los usos de la etnografía de utilidad casi íntima para proponer formas de organización que tomara en cuenta lo esencial de la condición humana y el desempeño colectivo de la gente trabajadora del campo. Esta experiencia que hoy relato no sólo fue un atractivo marcado por la profesión, por la faceta de la academia que la convocó tempranamente, sino el origen de algo muy profundo, la germinación de la semilla de la liberación humana, que había penetrado en su espíritu, primero con las palabras y los recorridos de las *Maryknoll*, y después por la experiencia en San Carlos con una juventud comprometida.

Al escuchar sus relatos y ver su rostro como vitrina de un espíritu satisfecho, al imaginarme la seriedad que imponía a su trabajo, y advirtiendo un espíritu acicateado por la aventura, un día intenté traducirlo en palabras que hoy comparto:

“

La bruma se levantaba perezosa sobre el murmullo del valle costero que anunciaba el mar. El cielo nuboso de un color plata opaco, que batallaba con los destellos de luz de los relámpagos y un tímido rosado en el horizonte que no se atrevía a salir, esparcía el polvo invisible del atardecer tranquilo; como exigiéndole su tiempo de dominio a su aliado, el sol. Los pajonales cubiertos por centenares de ojos de jaguar; la flor del quiebracajete.

... Al caminar entre veredas y potreros hacia una parte de vegetación tupida sintió Myrna mariposas en el estómago y un entusiasmo que brotaba junto al sudor. Sabía que iniciaba una época de descubrimientos. El primer descubrimiento no era racional, era más bien sensual. Observó una mayor exaltación de colores que, de hecho, conocía y contrastaban en el imperio de lo verde: el rojo del pecho de un ave o en las flores intensamente amarillas del palo blanco, la tenue rosa del matiliguete y el fuego de la llama del bosque. Toda esa intensidad a veces amortiguada por las luces filtradas entre las ramas que invitaban a gozar la discreta belleza de la flora silvestre. Los colores del cielo que, a esa hora, parecía como tela jironada por las nubes, cambiaban con enorme rapidez como olas en la bóveda celeste, como un infinito mar que evocaba un mundo desconocido por el cual algunos seres humanos sienten una atracción entre vital y suicida. Había una fascinación por lo imponente de la naturaleza que pareciera anuncio de un mítico futuro; contrastado, a cada paso, con un mundo real de lucha y todas aquellas emociones encontradas que los Peregrinos de Orión cargaban en su morral imaginario, junto a las semillas del quiebracajete. Quizás eso fue lo que en Myrna sirvió de marco a su terca vitalidad. Quizás fue esa condensación, en su mente y corazón, de lo soberbio de la naturaleza y las grandes contradicciones de la condición humana lo que la hizo construir un espíritu de solidaridad genuino.

”



Tercera imagen, sin punto final: la integridad sobre el pensar y actuar

Este relato tiene otras notas en un pentagrama de vida. Hace varios años, cuando organicé un encuentro de Myrna con Rodolfo Kepfer, por una consulta que ella deseaba hacerle, relacionada con los desplazados-retornados, Rodolfo se quedó con algunas ideas que me las recordó algunos años después. Una de ellas se relacionaba con el respeto que yo tenía por una de las cualidades de ella, que, por cierto, si bien nunca ha sido un valor predominante en políticas, ideologías y doctrinas, hoy parece más vulnerado que en otras etapas de las historias de nuestra generación. La razón de ese desmoronamiento ha sido tratada por estudiosos respetables y no la abordaré acá, aunque le he dedicado algo más que una reflexión.

La honestidad intelectual corresponde con la honestidad para la toma de decisiones de la vida. Algunas de estas últimas pueden no asumirse por las consecuencias nefastas que le siguen. Pero el temor y la prudencia no representan, necesariamente, heridas a la integridad. Puede ser más bien lo contrario, un resultado reflexivo al poner los valores en la balanza, el deber ser y las consecuencias, especialmente si las consecuencias las sufrirá el "otro" que tengo ante mí y en mi conciencia. Pero, también es el caso, que





hay circunstancias en que esa falta de correspondencia entre lo que se piensa y se hace (o se deja de hacer) representa una debilidad. De esto último no tengo un solo recuerdo en ella.



Si algo me hacía sentir reconocimiento y orgullo, fue el sistemático ejercicio de su autonomía, en actos de libertad inextricablemente abrazados a la justicia. Pensamiento y acción autónoma significan muchas cosas. Significa no sólo cuestionar al poderoso y cuestionar la conveniencia del momento, sino, sobre todo, *lealtad verdadera* sin condescendencias al grupo al que pertenecemos, *cuestionar los falsos resplandores* de las causas en que creemos con convicción y, por supuesto, cuestionarnos a nosotros mismos. Insisto en que eso es, en todo caso, un ejercicio de justicia. Por eso, estoy convencido que ella fue una mujer en las que la autonomía frente a la vida fue potente, y, por supuesto no podría ser, sin su irrenunciable *autonomía interna*.

Finalizo sabiendo que lo antes dicho son pinceladas en la tela del pintor, pero, algún día la pintura será de cuerpo entero con un fondo necesario del paisaje de la época y acontecimientos que le tocó vivir. Los relatos de Europa, de Nicaragua, del Valle de Solís en México, las brisas de Sipacate, el galope de Sahilá, las intensidades de Atitlán y los remansos de vida cotidianos dirán más, mucho más, pero no todo. Algo quedará aún guardado en la gaveta de recuerdos.